

evitarlo: la existencia cada vez más difícil, la lucha paso a paso más compleja, la educación menos y menos posible, esperan en el futuro a los descendientes, de quienes no es fácil que digamos si han de profesar la noble caballería de ser buenos, o habrán de purgar sus faltas, ayudadas de nuestra imprevisión, muriendo en los hospitales, consumiéndose en los presidios, o con la razón hecha pedazos en las celdas de los asilos de locos.

* * *

Después de una conversación cuyos puntos salientes he resumido, hubo de convenir cierto amigo mío, en que la ciencia, la filosofía y la religión, son por sí mismas incapaces de realizar la tarea regeneradora. Hay algo más que hacer, esforzarse en que la vida se combata con la vida, como los microbios similares se hacen guerra a muerte, a fin de que se produzca el equilibrio en el organismo enfermo de las sociedades. Al efecto cada uno ha de mostrar el pedazo de experiencia de que es poseedor, en la forma que juzgue más llamativa para dar mayor eficacia a este propósito.

Con el fin de ilustrar esta tesis, hay que ir a los establecimientos donde oficialmente se recoge, como en grandes estanques, la espuma del mal. Por eso mi amigo y yo fuimos a visitar **La Algodonera**.

Como prisión femenina, y para el que no observe a fondo, es admirable: luz profusa; aire que viene de los sembrados vecinos y desciende del monte y se refresca sobre el río; el aseo que permite la condición de las reclusas y su clase; comida abundante si no magnífica; y buen trato de la parte del Alcaide y de dos o tres amas de llaves o directoras del penal; ¿qué más?

Hay noticia de que las reclusas cantan cuando lo desean, se entretienen trabajando, visten como les place; y de que no se las priva de

expansión jamás, pues hablan si lo quieren, desde el alba a la oración, en los patios, en los lavaderos, en la cocina, en el comedor y hasta en los dormitorios. Nadie dirá que es odiosa la disciplina!

Muchacha desviada se hallará que intente sostener en su fantasía que esa vida "es linda"; pero el hecho es que al llegar aquel sábado, en grupo con los Jueces del Crimen, entre las filas de mujeres aparecieron algunas mustias, de veras cabizbajas; y sobre toda ponderación triste, una bellísima joven de dieciséis años, cuyos ojos como soles, lanzaban destellos, cada vez que apartando su pañuelo, nos mostraba los encendidos párpados hinchados de llorar.

—No es de las criminales—nos informó la mayordoma:— está aquí por enferma! Espronceda acudió a mi memoria con sus borbotones de versos:

¿Cómo caíste despeñado al suelo,
astro de la mañana luminoso?

Angel de luz, ¿quién te arrojó del
[cielo
a este valle de lágrimas odioso?

Aun cercaba tu frente el blanco velo
del serafin...

Una irresistible tristeza se apoderó de mi ánimo: al lado de aquella se mostraba otra jovencuela, con la boca carnosa como una Mesalina; la mirada viva y sonriente, resplandecía apacible en medio de su candorosa desfachatez; los cabellos en sortijados y negros; sonrosadas las mejillas sin afeitado, blanquísimos los dientes... y recluida en la sección de Profilaxis.

—De estas hay ahora ocho nada más!—me dijo la empleada.—Esta mañana salieron cuatro!

Nada más! y las palabras de aquella buena y honorable señora tenían una inflexión que significaba pesar, como si hubiera sido una gran lástima privarnos de la vista de una docena redonda de menores, arrebatadas al gremio de las mujeres honestas por los torbellinos de la exis-